

su vida personal, y algunas de las vicisitudes de sus relaciones emocionales con las mujeres.

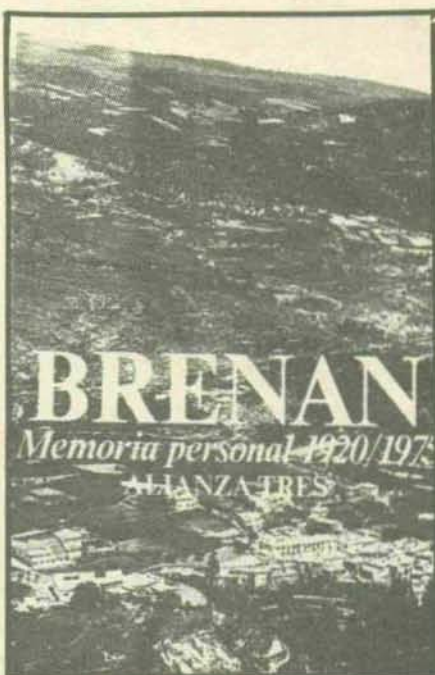
Llaman particularmente la atención en esta obra, tal vez porque estamos acostumbrados a textos suyos de carácter más científico, particularmente su admirable **«Laberinto español»**, las largas y densas páginas que Brenan consagra al análisis pormenorizado de sus complejas relaciones amorosas. Su trato afectivo con Carrington, así quería ella que la llamasen, con sus respectivos complejos de culpa, disputas, reconciliaciones, está maravillosamente contado. Alienta en el relato un constante soplo de sinceridad, desgarradora en ocasiones, que difícilmente se logran en este tipo de confesiones sin caer en la afectación.

Para un lector de 1978, mínimamente familiarizado con el pensamiento freudiano, resulta evidente que Carrington era por lo menos una mujer fría, o en todo caso con un fuerte componente homosexual, como quedó ulteriormente probado. Carrington estaba casada con una especie de don Juan que se pasaba la vida de conquista en conquista, y ella, por su parte, estaba enamorada de un homosexual, hombre culto y refinado. Carrington accedía de tarde en tarde a tener relaciones amorosas con el joven Brenan, y él, por su parte, comprendía perfectamente el tipo de vida que ella llevaba y que tuviera, además, relaciones con otra mujer. Lo más conmovedor de este relato, y lo es precisamente por la sencillez con que está contado, sin ánimo de justificación alguna, es el trato que Brenan tiene con el marido de Carrington, íntimo amigo suyo. Las culpas eran reales y difíciles de soportar. Las relaciones con esta mujer se prolongaron durante años y afectaron profundamente la vida emocional e intelectual del autor del **«Laberinto español»**. Ella tuvo un fin dramático. Puso fin a sus días disparándose una escopeta en el pecho.

En esta obra, más que un relato de su época, como sabía esperar de un historiador, Brenan esboza el clima intelectual en el que se movía, el Londres algo decadente de la década del 30 al 40, y sus estancias en España, África del Norte, así como sus problemas de orden financiero. Su padre que tenía una posición holgada era harto avaro en la ayuda monetaria, y en más de una ocasión

utilizó el chantaje, sin éxito claro está, para que su hijo buscara una «colocación digna».

Brenan mantuvo una relación seguida y cordial con Bertran Russell, hombre lleno de vitalidad, y conservador ameno y brillante, del que ofrece un fresco que rebosa simpatía, aunque no está exento de reservas. El filósofo de la paz, pasó varias semanas en la casa de los Brenan en Churriana. Era en 1936, y sobre Europa se cernían los nubarrones de la



guerra. Russell que era un pacifista convencido, no se hacía ilusiones sobre las intenciones de Hitler y Mussolini. Y sin embargo, creía que Inglaterra debería mantenerse a toda costa al margen del conflicto que se anunciaba. Ulteriormente el gran filósofo cambió de postura y manifestó, como oportunamente recuerda Brenan, gran admiración por Winston Churchill.

Las páginas que Brenan dedica a los primeros días de nuestra guerra civil en Málaga, en los que fue testigo ocular y de alguna manera participante, son, a nuestro entender, las más importantes de su extensa **Memoria**. En ellas revela como la reacción popular en los primeros días de la contienda no fue en modo alguno violenta ni sanguinaria. No se mató a nadie a sangre fría. Las historias sobre fusilamientos en masa y asesinatos nocturnos que publicó la prensa extranjera, fueron creadas por el terror de los extranjeros que salieron de Málaga en los primeros días, pero que no correspondían a la realidad. Sólo cuando comenzaron

los bombardeos sobre la ciudad se empezó a matar gente en represión a las bombas que caían inmisericordes sobre la población indefensa.

De vuelta a Londres a primeros de 1937, Brenan seguiría siendo un defensor de la causa republicana. Escribiría artículos en la prensa y sobre todo enviaría muchas cartas a los periódicos para desmentir las noticias que católicos y simpatizantes de Franco publicaban en los diarios londinenses. Llegó incluso a militar a favor de un candidato conservador porque era el único que condenaba el levantamiento militar.

La guerra civil española fue intensamente vivida en la opinión británica, y los medios intelectuales estaban casi todos ellos comprometidos en la causa de la república. Brenan ha logrado esbozar con mano maestra ese clima conflictivo que despertó nuestro drama nacional en la no siempre «pérdida Albión». No se olvide que fueron muchos los poetas, escritores o simples antifascistas, que dejaron sus vidas en nuestra desgarrada piel de toro. ■ **LUIS PASAMAR.**

LA EDAD DE PLATA (1902-1931)

La edad de plata, de José - Carlos Mainer, representa una importante contribución a la evaluación de una etapa vital de la cultura española. En este ensayo, que tuvo su origen en cursos profesados en la universidad y en unas conferencias dictadas en 1974 en los Ateneos de Santander y Málaga, el profesor Mainer desarrolla la tesis de que «la literatura en España es casi siempre una apuesta a favor de la historia política y que corre, por lo tanto, los mismos riesgos que ésta» (pág. 279). Mainer es autor de otros estudios que, como el que ahora nos ocupa, demuestran el interés del autor por los factores ideológicos y políticos que han determinado el desarrollo de la literatura española de nuestro siglo. Basándose en algunos textos claves en su mayor parte desconocidos, Mainer ahora se propone explorar la crisis ideológica de fin de siglo, la expresión de las regiones, las plataformas del reformismo burgués y las vanguardias artísticas de 1923-1931.

La genial cubierta del libro, una re-

producción de un cartel de E. Giménez Caballero aparecido originalmente en **La Gaceta Literaria**, sirve de verdadero pórtico al ensayo de Mainer. Sobre un fondo apropiadamente «plateado» desfila el panorama intelectual español de los años veinte representado en términos de una vía láctea. En este firmamento hay un «Sistema solar» que corresponde al diario liberal **El Sol** (Urgoiti, Andreniol Corpus, etc.); un «Sistema por ABC» (Luca de Tena, Salaverria, F. Flórez); una «nebulosa de la academia» (Azorín, Benavente, Machado); algunos cometas (Baroja, Valle-Inclán, Pérez de Ayala); y algunos planetas mayores (Juan Ramón, Unamuno, Ortega, Menéndez Pidal). Como vemos en la cubierta, el autor no se limita a manifestaciones culturales puramente literarias de unos cuantos nombres ya consagrados. Emplea un enfoque interdisciplinario integrando la arquitectura, la pintura, la música y el cine junto con apreciaciones o revaloraciones de figuras secundarias o indebidamente olvidadas como Luis Araquistain, W. Fernández Flores y Benjamín Jarnés. Además, Mainer enfoca los movimientos culturales y políticos del resto de Europa. En su capítulo «La sociedad literaria española» (capítulo como los otros que, dada la enorme cantidad de información fácilmente podría expandirse en libro), Mainer enlaza la literatura española de fin de siglo llamada «de ruptura» (generación del 98)—Baroja, Azorín, Unamuno—con un frente de ruptura común a casi todos los países europeos entre 1890-1914. La vitalidad cultural española de la época es, por consiguiente, parte íntegra de la literatura finisecular y la realidad social europea. Bien nos recuerda que: «el arte español de la crisis de fin de siglo (de un Enrique Granados, Utrillo, Ruisiñol o Gaudí) hubiera sido impensable sin el fuerte impacto del conocimiento y convivencia con los extranjeros» (pág. 68). Al mismo tiempo, Mainer señala importantes diferencias entre España y Europa, explicando el porqué de la dificultad de poner en ecuación la producción literaria española con la europea de las mismas fechas, dificultad que proviene «del hecho de que la literatura de nuestro país en esa época es un fenómeno esencialmente sustitutorio de una larga serie de actividades espirituales como la formación de una conciencia nacionalista, de un perio-

dismo político al margen de lo artístico, de una voluntad de enquistamiento popular, etc.» (pág. 76). Además, Mainer tampoco deja de anotar el «inesperado rehermanamiento de las literaturas latinoamericana y española» (pág. 85), atestiguando en el hecho de que muchos escritores americanos —a partir de Darío— publican sus obras claves en España. Este fenómeno, explica Mainer, es a su vez el resultado en parte, de favorables condiciones del mercado para la industria editora española.

El estudio de cada promoción, y Mainer divide la producción cultural en tres etapas —«de ruptura», «de España» y «del 27»—, incluye una rica examinación del camino por el cual ésta llega al mercado cultural de su época. El autor ha revisado catálogos de los editoriales, revistas de cada época y listas de las obras de teatro en cartel. En el capítulo «La ruptura modernista: algunas novedades de 1902-1903» apunta la importancia de una serie de libros aparecidos en 1902-1903, indicando con particular atención los parellos entre **Camino de perfección** y **La voluntad** y considera también, entre otras, **Amor y pedagogía** y **Sonata de otoño**, todas «autobiografías generacionales», todas con un «punto de partida rural provinciano: la clave de la frustración, el desclasamiento, la tentación mística, la pugna de Voluntad y Abulia, la de Vida e Inteligencia, Eros y anulación, triunfo y fracaso» (pág. 60). Mainer advierte, sin embargo, el hecho de

que seguramente muy pocos españoles supieron en 1902 la importancia de estos relatos, puesto que lo que se ha llamado la «generación del 98» era todavía una pequeña parte de un grupo de periodistas radicales, ¿y cómo saber entonces si Martínez Ruiz era mejor que Luis Bonafoux, Baroja más importante que Luis Morote?

La definición del arte moderno del arquitecto e historiador del arte catalán Josep Pijoan de 1928, por ejemplo, es una excelente introducción a «Las vanguardias artísticas (1923-1931)», y las opiniones de Manuel Azaña y Luis Araquistain aclaran la polémica sobre la «generación del 98» en la época 1910-1923. Hechas también con especial habilidad son las secciones dedicadas al estudio del contenido, difusión y afiliación política de las más importantes revistas y periódicos de la edad de plata. Se aprecia la diversidad y calidad del semanario **España** (1915-1924), el periódico político más importante de estas fechas, el portavoz de todo el descontento nacional, en el cual queda clara la preferencia en el terreno del arte por una expresión realista y crítica, nacional y regeneradora y la diferencia de tal ente que separa a los intelectuales de 1914, y a los hombres de fin de siglo. Por otra parte, **La Gaceta Literaria**, fundada en 1927 por Ernesto Giménez Caballero, se interesa ya más por la vanguardia estética del día, aunque logra integrar las tres generaciones. Afirma Mainer que esta revista, al final del período histórico que estudia, «catalizó los entusiasmos descubridores del momento y abrió con su conclusión la edad del desencanto y las polémicas en 1930» (pág. 261).

Al mismo tiempo, Mainer capta el ambiente generacional, alegre e inconoclasta del 1927 al relatar una anécdota de **La arboleda perdida**, de Rafael Alberti, en la cual el poeta comenta el hecho de que en la Residencia de Estudiantes se empleaba el término «putrefacto» para «todo lo caduco, todo lo muerto y anacrónico que representan muchos seres y cosas... (todo) cuanto molestaba e impedía el claro avance de nuestra época» (pág. 215). Denominados «putrefactos» fueron, entre otros, Azorín, Alfonso XIII, el Papa y Ricardo León. Se destaca en Mainer esta costumbre de mezclar la gracia y la erudición que divierte e instruye. Otros aciertos del autor son una utili-



simas bibliografía crítica y una clara exposición de las literaturas regionales de la Península y aun de la reforma universitaria. Se pudiera señalar, sin embargo, cierta falta de cohesión a través de la obra, tal vez como resultado inevitable de la extensa amplitud del enfoque. También hay alguna transición demasiado abrupta y alguna afirmación que queda sin suficiente apoyo. Extraña, finalmente, el hecho de que Mainer incluya, extendiendo los límites cronológicos de su estudio, una breve consideración de **El ruedo ibérico** (1927-1932), el inacabado ciclo de Valle Inclán que enfoca la época de 1868 a 1874, pero ni siquiera menciona la trilogía de Baroja, **La selva oscura** (1932), importante comentario escéptico sobre los acontecimientos políticos en España desde la Guerra Europea hasta el advenimiento de la República. Se espera que una segunda edición de este libro tenga un índice y que se corrija la cantidad astronómica de errores de imprenta que lo afean.

Este libro, nos dice el autor con cierta modestia, va dirigido a un público de estudiantes universitarios y «lectores rasos». La obra, sin embargo, es de gran valor para el especialista. ■
JUDITH GINSBERG.

TEATRO EN LA GUERRA

Nuestra Guerra Civil, la de los tres años, investigada, estudiada y testimoniada en numerosos aspectos, lo ha sido mucho menos en el plano de sus proyectos y realizaciones culturales. En esa gran biblioteca de varios pisos que, según Southworth nos dice en «El mito de la cruzada de Franco», constituye la bibliografía sobre el tema, encontraremos interesantes aportaciones descriptivas, documentos, proclamas, colecciones de revistas y boletines, obras de creación, pero pocos estudios valorativos y, sobre todo, descriptivos de forma mínimamente articulada y sistemática, de las realizaciones llevadas a cabo durante el período bélico.

A Robert Marrast le vine de antiguo la investigación sobre el teatro en el trienio de 1936-1939. Su comunicación a los «Encuentros de Arras» en 1957, llevaba el título de «Le Théâtre en Madrid pendant la Guerre Civil: Une expérience de Théâtre Poli-

que» (1). Era el comienzo de una investigación minuciosa, acumulación de documentos, viejos libros y testimonios personales de algunos de los protagonistas supervivientes de las experiencias de aquel tiempo, que han servido de materiales básicos en su «El Teatre durant la Guerra Civil Espanyola. Assaig d'història i documents», que acaba de aparecer en nuestro país (2).

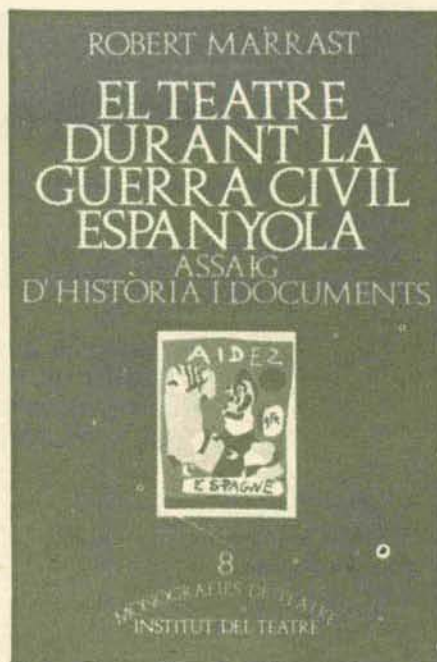
Se trata de un volumen en el que se recogen los diversos aspectos del hecho teatral y sus transformaciones como resultado de las nuevas condiciones políticas y las necesidades de la Guerra. Junto a los decretos gubernativos que van configurando una legislación nueva para el teatro, se estudian los repertorios, las adaptaciones, las obritas del «teatro de urgencia»; se analizan los cambios en las concepciones del espectáculo, la actividad de las «Guerrillas del teatro» en los frentes y en la retaguardia, etcétera.

El trabajo se centra en Madrid, Barcelona, Valencia, Euskadi, Asturias, Alcazar de San Juan, Guadalajara y los frentes del Centro y Levante, es decir, lo que constituyó la España leal a la legalidad republicana. Las capitales de España y Cataluña ocupan el espacio más amplio, de todos modos. El Madrid sitiado ofrecía el ejemplo de una ciudad que resistiendo al fascismo en su momento internacional más agresivo, con «los cañones a dos mil metros», como diría Alberti en su prólogo a la «Numancia» cervantina, llevaba a cabo una resistencia heroica que asombraba al mundo y daba ejemplos de vitalidad cultural con algunos espectáculos, como «La tragedia optimista», de Vichniévski, adaptada y puesta en escena por María Teresa León en el escenario de La Zarzuela, con el «Teatro de Arte y Propaganda» que ella y Alberti impulsaban. En Barcelona, las condiciones fueron diferentes, emanadas de la existencia de un gobierno autonómico y de la presencia mayoritaria de la CNT en el terreno teatral, pero igualmente interesantes.

El libro de Robert Marrast es una ex-

(1) R. Marrast: «Le Théâtre en Madrid pendant la Guerre Civil: Une expérience de théâtre politique». Incluido en «Le Théâtre Moderne. Hommes et tendances». Ediciones del C.N.R.S. Paris, 1968.

(2) Robert Marrast: «El Teatre durant la Guerra Civil Espanyola. Assaig d'Història i Documents» núm. 8 de la colección «Monografies de teatre» del «Institut de Teatre de Barcelona». Edicions 62, Barcelona, 1978.



haustiva relación de todos estos intentos y realidades. Es sin duda, ante todo, un estudio histórico plagado de citas, referencias, datos acumulados en sucesión minuciosa. Pero no debe tomarse únicamente como texto erudito reservado al estudioso o al investigador. En estos momentos de cambio que vivimos, cuando también nosotros buscamos soluciones y salidas en el terreno teatral, constituye un excelente punto de referencia y ofrece la posibilidad de contrastar experiencias, logros y errores. Permite observar cómo en circunstancias a todas luces distintas, pero animados de un deseo y esperanza desbordantes, los hombres de teatro españoles intentaron renovar la forma de entender el teatro y de relacionarlo con la sociedad y con el pueblo. Debemos intentar comprender las razones de sus fracasos, de los lamentables repertorios que siguieron omnipresentes, de las gestiones colectivizadas que no funcionaron con responsabilidad, de las dificultades que hallaron los intentos renovadores, etcétera, para intentar hacer las cosas de otro modo y no tropezar en la misma piedra.

La interesante colección de monografías del «Institut del Teatre de Barcelona», que cuenta ya con siete títulos en su haber, se enriquece ahora con el excelente trabajo de Marrast y adquiere una amplitud y nivel prácticamente desconocidos en España en lo referente a colecciones dedicadas al estudio y perspectivas del teatro. ■ **JUAN ANTONIO HORMIGON.**